

LA CONSTITUCION SOCIAL.



Periódico de Política, Religión, Literatura y Anuncios.

TOMO I.

MEXICO, LUNES 20 DE ABRIL DE 1868.

NUM. 1.

LA CONSTITUCION SOCIAL.

CONDICIONES.

Este periódico se publica todos los días menos los domingos, á las siete de la mañana, y se reparte sin demora para que los lectores lo reciban con toda puntualidad en sus domicilios.

La suscripción vale en México mensualmente \$2.00

Fuera de la capital..... 2.50

Los números sueltos..... 0.09

Puntos de suscripción en esta capital.

Librería del Sr. Morales, portal de Agustinos.
Librería del Sr. Jovaro, calle del Águila de Oro.
Librería del Sr. Aguilar, 12 de Santo Domingo.
Papelería de los Sres. Delanoé Hermanos, calle del Refugio.

Fuera de la capital.

En las casas de nuestros corresponsales cuya lista publicamos en otro lugar.

Todo lo relativo á la administración de este periódico está á cargo de la misma imprenta donde se publica, 43 calle de la Providencia núm. 2.

Los números sueltos se venden en los mismos puntos de suscripción.

Editorial.

AMNISTIA.

Olvido de lo pasado; pero no empleos.

(Programa del Monitor Republicano.)

En el prospecto que publicamos el día 22 del mes próximo pasado vertimos ciertas frases, que no será por demás recordar á nuestros lectores. Espusimos allí nuestros propios sentimientos acerca de la discordia intestina, que por tiempo ha las entrañas de la patria, y carece la existencia nacional. Dijimos estas terminantes palabras: "Deseamos la unión sincera de todos los mexicanos, la reconciliación de los miembros de esta gran familia, á quienes la discordia mantiene lastimosamente divididos. Con la unión de todos los buenos hijos de la patria, y solo con ella se puede formar una mayoría verdaderamente nacional, que encierre todo lo selecto, todo lo grande de México, y que enuncie con el apoyo de verdaderas masas, de masas cuya mirada sola, cuanto mas su acción sea capaz de aniquilar á las facciones turbulentas y desorganizadoras. Mas para lograr tan grandioso objeto son indispensables buena fé, elevación de miras, deseo puro de labrar la prosperidad del país, el olvido de todo lo pasado y bastante grandeza de ánimo para renunciar á todo espíritu de venganza, á todo recuerdo que enjendrar pueda odio, rencor ó desvío." El *Monitor Republicano* inspirado acaso de estos mismos sentimientos consistente en el olvido de lo pasado, á condición de que los vencidos no tengan empleos, es decir, que no tengan participación alguna en la gestión de los negocios públicos, que vivan bajo el sistema representativo excluidos de todo derecho, que sean unos pájaros en su propia patria, hijos desheredados, sin haber sido ni parientes ni ingratos. En suma, que los vencedores solo gocen y gobiernen. Este programa no es noble, entraña odio, y cuando menos desconfianza; pero sobre todo no tiene á cimentar la unión entre los hijos de la patria; es si se quiere una tregua, que interrumpe el estado de guerra; y si bien de pronto hace cesar las hostilidades, recomenzarán mas tarde con mayor furia y encarnizamiento. El monopolio, sea cual fuere su objeto, y la burocracia son pasiones egoístas, vicios repugnantes de nuestra época, que es preciso extirpar, si queremos que en los puestos públicos prevalezca la virtud y el mérito, que el poder no sea el patrimonio de unos cuantos, y que la ponderada igualdad del sistema democrático llegue á ser entre nosotros una verdad práctica.

La cuestión política á que se refiere el olvido que proclamamos, interesa á la paz pública y á la unión sincera de los mexicanos; por esto se nos presenta con tal magnitud é importancia, que nos parece muy superior á cualquiera otra, y digna de una solución, en que no halle cabida ni el incentivo de los empleos, ni el vil interés pecuniario. La unión, si ha de ser durable, es preciso que sea sincera, y para serlo conviene que no se hable de condiciones humillantes, ni de apodos que denigran, ni de excepciones que deshonoran. La paz es una necesidad social, que hacen cada día mas urgente los infortunios nacionales; retardar, pues, este suceso, é impedir que se realice á pretexto de servir mejor á la patria, equivale á venerarla, hincando ante ella hipócritamente la rodilla como Bruto ante César, para herirla con mayor seguridad. Séanos permitido esparcer sobre esta materia grave una observación que nos ocurre y preocupa nuestro espíritu desde que comenzó á ventilarse la cuestión de amnistía. Quisiéramos saber presentarla en toda su fuerza, é imprimirla con caracteres indelebiles en el corazón de los lectores, por la persuasión que tene-

mos así de su verdad, como de la fecundidad de sus numerosas consecuencias.

Todas las teorías políticas que se propalan, todas las que cuentan con prosélitos que las divulguen, están fundadas sobre sentimientos benéficos y generosos. El bien de la humanidad es su objeto, y sirven de medio para hacer partícipe al mayor número posible de las ventajas, que el partidario de determinada teoría busca de preferencia en ellas. No todos los sistemas son buenos; pero todos pueden adoptarse, todos pueden defenderse de buena fé; todos á su vez han contado entre sus partidarios un gran número de hombres, cuyas miras han sido absolutamente desinteresadas; todos presentan lados ó faces muy plausibles, capaces de seducir á entendimientos justos y esclarecidos en otras materias. Lejos pues de aprobar, de acreditar esas inventivas que han llegado á ser el lenguaje de la política, lejos de repetir esas palabras odiosas, malsanantes de monarquistas traidores, de republicanos bandidos, acordémonos de que todos somos mexicanos; que todos nos dirigimos al mismo objeto, la felicidad de la patria; que animados del mismo deseo investigamos la misma verdad. Entónces en vez de oprimirnos recíprocamente, podríamos por medio de nuestros métodos ó planes opuestos, y de nuestra experiencia independiente ilustrarnos los unos á los otros.

¿Cómo podemos estar todos de acuerdo, decía un político profundo de este siglo, si nuestra razón débil y falible, nuestra sensibilidad, nuestra imaginación nos representan de una manera tan diferente el soberano bien de las naciones? Hay personas que anteponen á todo la quietud y la seguridad, mientras otros se deciden por la actividad, el progreso y la exuberancia de la vida social. Algunos han visto la virtud como el grande objeto de la asociación humana, pero disienten en la inteligencia de esta palabra. Otros no piensan mas que en la virtud militar, en el valor, y desean que su país se distinga al lado de los que mas se han ilustrado por sus armas. Estos entienden por virtud la moderación en los deseos, el imperio sobre sí mismo ó la pureza de costumbres; aquellos no reconocen por virtud pública mas que el sacrificio de sí mismo á la sociedad, es decir el patriotismo. En nuestros días el sufrimiento, las privaciones han excitado la atención sobre el bienestar material, se ha interrogado á la economía política sobre el objeto de la sociedad; pero unos han querido que ella estimule la industria, y tienen por señal de prosperidad la actividad del trabajo: otros la reconocen en el goce de una feliz mediocridad; finalmente otros la niegan en donde no ven fortunas colosales con todas las maravillas del lujo, de las artes y de la elegancia.

Ciertos filósofos políticos cuando han querido señalar un gran pueblo, y presentarlo á nuestra admiración han examinado de otro modo á la sociedad. Ni el progreso moral, ni el material interesaba su atención; el movimiento intelectual es lo que les parece notable, porque solo este deja una huella luminosa al través de las edades. Sin embargo estos mismos filósofos no están de acuerdo entre sí: unos distinguen á un gran pueblo por la difusión universal de la educación; otros, teniendo en poco á las masas, quieren que produzcan hombres eminentes. Este juzga á las sociedades segun su imaginación, el otro segun su inteligencia: gran siglo es para unos el de las artes y de la poesía, gran nación aquella que ha brillado en esta carrera con mayor esplendor. ¿Cómo pues reducir á una medida comun los diferentes objetos de los deseos y opiniones de los hombres? ¿De qué modo se puede persuadir al que profiere un sistema sobre otro, que en esta elección comete un crimen ó un error? Hemos proclamado la soberanía de la razón, y reputamos verdaderamente libre al pueblo en donde la razón nacional dicta las leyes; pero es evidente que esa razón no dictará unas mismas leyes para todos los pueblos. La verdad no se presenta del mismo modo á todos los espíritus, ni todos pueden abarcarla tal como es. Dios solo la vé toda entera, por eso para él solo la verdad es una.

Aplicada esta observación fundamental á la política, ciencia compleja que lleva en sí misma diferentes sistemas y cuestiones, se percibe fácilmente la multiplicidad de juicios que ha producido su estudio en la inteligencia humana.

En el exámen y discusión de las teorías políticas y de las varias formas de gobierno somos como los ensantes de una academia de pintura; sentados al derredor de un grupo inmenso iluminado por una luz lánguida y desigual. Cada uno observa imperfectamente una pequeña parte del objeto que tiene de-

lante, y la copia de una manera mas imperfecta por medio de un *croquis* que diseña sin otro instrumento que nuestro lenguaje incompleto. Concluida apenas, se suscita entre todos los copiantes una querrela insensata sobre lo que á cada uno ha parecido el objeto, que todos han visto bajo un aspecto diverso, sobre la semejanza de las imágenes bosquejadas, sobre que las profesiones de fé política son opuestas. En seguida exigimos que nuestros contendientes suscriban á lo que hemos creído ver, y ellos no han visto; si se resisten los acusamos de perversidad, de mala fé, los odiamos, los combatimos, los perseguimos y enviamos al suplicio, solo por que ellos ven lo que no vemos, y no ven lo que nosotros vemos. Los gefes de partidos, los fanáticos políticos lo mismo que los fanáticos en materias de religión procuran envenenar el desacuerdo de las creencias, enseñando la perniciosa doctrina, de que el prosélito de determinado bando, debe acreditar su zelo, odiando y anatematizando al que profesa diferente credo, ó una teoría política opuesta. El hombre verdaderamente cristiano debe tender la mano á todos los que adoran á Dios y lo buscan aunque sea de diverso modo que él; del mismo modo el hombre verdaderamente patriota debe estrechar la mano á todos los que quieren de corazón servir á su patria, aun cuando procuren su felicidad y gloria por caminos diferentes.

Nos escandalizamos al leer en la historia el número de víctimas inmoladas por delitos contra la fé, y consideramos opuesto á la caridad evangélica el odio y la persecución de los disidentes en materia de dogma. ¿Cómo pues condenamos al patíbulo á nuestros adversarios políticos, cuyo único delito consiste en rendir á la patria un culto diferente? En materia de religión una sola debe ser la verdadera, y en cualquiera país la unidad es preferible á la pluralidad de cultos; sin embargo la civilización moderna cuenta la tolerancia entre sus conquistas mas gloriosas, y no cesa de ponderar sus beneficios inmensos. ¿Y no deberá existir en materias políticas, donde no se conoce regla infalible, ni teoría absoluta, ni verdad fija? La fé tiene un símbolo, centro de la creencia religiosa y guía de los cristianos; en política por el contrario no hay un credo comun, ni otro guia en las aspiraciones individuales que el amor de la patria y el deseo de la propia felicidad. Es fácil y muy seguro decir quien peca contra la fé, sin embargo no es licito matar al que yerra en puntos de dogma. En política al revés todo es incierto, todo contingente y falible, por consiguiente las mismas acciones están sujetas á calificaciones opuestas, segun el juicio del partido dominante: hoy se inmola en el cadalso como á criminal comun, al mismo que delicia mañana un apóstosis glorioso; hoy está en boga la opinión republicana, mañana quizás sus partidarios no podrán respirar libremente el aire de la patria; hoy el nombre de libertad es sinónimo de patriota, mañana tal vez sonará lo mismo que el de traidor. Esta es en compendio la triste historia de nuestras disensiones domésticas, historia contemporánea en cuyas páginas se cuentan centenares de cabezas ilustres derribadas por el odio sanguinario de los partidos.

A vista pues de la inestabilidad y contingencia de la política, cansados de presenciar en nuestro país hecatombes de víctimas humanas, y conmovidos con el espectáculo de horfandad y miseria, de devastación y sangre que la guerra intestina ha sembrado por todos los ángulos de la República, hemos propuesto el olvido de todo lo pasado, para extinguir los odios, que nos tienen divididos, cicatrizar las llagas de la patria, y cimentar en la unión sincera de los mexicanos el majestuoso templo de la paz. Ante esta mira grandiosa creemos que debe empujarse la empleomanía, y anonadarse para siempre la discordia; exaspérese allá á sus solas la envidia, mientras el patriotismo reanudando los lazos de la fraternidad, hace de todos los mexicanos una sola familia.—M. R.

Sección Religiosa.

SANTOS DEL DIA.

Línea 20.—Santa Inés del Monte Pulcinno, vírjen, y San Crisóforo mártir.

Se abren las velaciones.

Reflexiones de Napoleon sobre la divinidad del Cristianismo.

La conversacion que ofrecemos á nuestros lectores de este personaje histórico es una nueva prueba de que ningun hombre de genio ha podido fijar una mirada atenta sobre el *Hijo de Dios* hombre sin postrarse á sus

piés, y decirle con el hijo de Jonás ó el Centurion del Calvario: *¿Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios?* Acaso el lector opinará como nosotros que esta página de la historia es digna de ocupar un lugar así en la apolojía cristiana, como en la vida de un hombre que si bien ha tenido hasta hoy admiradores y detractores, espera siempre un historiador.

Frecuentemente se hablaba en Santa Elena de religión. Un día la conversacion se habia animado, se trataba de un objeto elevado, de la Divinidad de Jesucristo. Napoleon defendia la verdad de este dogma con los argumentos y la elocuencia de un hombre de genio, y tambien con alguna cosa de la fé nativa del corso y del italiano. El General Bertrand era su antagonista, y el que sostenia la discusion: "Yo no concibo Sr., decía él, que un grande hombre como vos pueda adoptar que el Ser Supremo se haya mostrado á los hombres bajo la forma humana, con un cuerpo, una figura, boca y ojos, en una palabra semejante á nosotros. Que Jesus sea todo lo que os agrada, la inteligencia mas vasta, el corazón mas puro, el legislador mas profundo, y sobre todo el mas singular que ha existido jamas, yo lo concedo; pero es un puro hombre, que ha enseñado discípulos, y reducido gentes crédulas como Orfeo, Confucio, etc.

El Dios judío ha renovado el prodigio de los tiempos fabulosos; él ha sustituido, destruyéndolas, á las divinidades griegas, egipcias. Grande hombre sucediendo á grandes hombres, Jesus se ha hecho adorar, por que sus predecesores, Isis y Osiris, Júpiter y Juno y tantos otros tubieron el orgullo de hacerse adorar. Tal ha sido el ascendiente de Jesus sobre su época, el ascendiente de estos dioses, de estos héroes de la fábula. Si Jesucristo ha fascinado y arrastrado tras sí á las turbas, si ha revolucionado el mundo, yo no veo en esto mas que el poder del genio, y la acción de una grande alma, que invade el universo por la inteligencia como han hecho á su vez tantos conquistadores, Alejandro, César, como vos mismo señor, ó Mahoma, habeis hecho con la espada."

Napoleon respondió: "Yo conozco á los hombres, y os digo que Jesus no es un hombre." "Espíritus superficiales ven semejanza entre Cristo y los fundadores de los imperios, entre los conquistadores y los dioses de otras religiones. Esta semejanza no existe. Hay entre el Cristianismo y otra religión sea cual fuere la distancia del infinito. Cualquiera resolverá la cuestion como yo, con tal que tenga un verdadero conocimiento de las cosas, y experiencia de los hombres. Quién es aquel de nosotros, que examinando con el espíritu de análisis y de crítica que tenemos, los diferentes cultos de las naciones, no pueda decir á la faz de sus autores: *No, vosotros no sois dioses, ni agentes de la Divinidad; no, vosotros no habeis recibido mision del cielo. Sois mas bien mistoneros de la mentira, y sobre todo, es indudable que fuisteis hechos del mismo barro que el resto de los mortales. Sois seguramente de la raza y de la familia de Adán.* Vosotros estais identificados con todas las pasiones y con todos los vicios que son inseparables; de tal manera que es preciso desleitarlos con vosotros. Vuestros templos y vuestros padres mismos proclamaban vuestro origen. Vuestra historia es la de los inventores del despotismo. Si exijais de vuestros súbditos el culto y los honores que no son debidos mas que á Dios, solo fuisteis inspirados por el orgullo natural al rango supremo. Y ciertamente no fué ni la libertad, ni la conciencia quienes os obedecieron luego, sino la baja, la necesidad y el prestigio de lo maravilloso, la ignorancia, y la supersticion; ved aquí vuestros primeros adoradores. Tal será el juicio, el grito de la conciencia de cualquiera que interroga á los dioses ó á los templos del paganismo.

Reconocer la verdad es un don del cielo, y el carácter propio de un excelente espíritu; pero no hay persona que no pueda rechazar desde luego la mentira. Lo falso repugna, y se reconoce á la simple vista. Incesantemente se hacen objeciones contra la verdadera religión, es cierto. ¿Y por qué no se propone ninguna contra las falsas? Porque todos sin vacilar las creen falsas. Jamas fué aceptado el paganismo como la verdad absoluta por los sabios de la Grecia, Pitágoras ó por Sócrates, Platon, Anaxágoras ó Pericles. Estos hombres grandes se recreaban con las recitaciones de Homero, con las risueñas imaginaciones de la fábula; pero ellos no las adoraban. Al contrario, los mas grandes espíritus, despues de la aparición del Cristianismo han tenido fé y una fé viva, una fé práctica en los misterios y dogmas del Evangelio, no solamente Bossuet y Fenelon cuya mision era predicarlo, sino Descartes y Newton, Leib-

nitz y Pascal, Corneille y Racine, Carlomagno y Luis XIV. ¿De dónde procede la singularidad de que un símbolo tan misterioso y oscuro como el símbolo de los Apóstoles haya sido recibido con un profundo respeto por nuestros mas grandes hombres; mientras que las teogonías deducidas de las leyes de la naturaleza, que no eran, á decir verdad, mas que esplicaciones sistematizadas del mundo, no han podido llegar á imponer á ningun hombre instruido? ¿Quien ha difamado mas al Olimpo pagano, que los paganos mismos? La razon es muy natural; tras el velo de la mitología, un sabio percibía con claridad la naturaleza y las leyes de las sociedades nacientes, las ilusiones y pasiones del corazón humano, los símbolos y el orgullo de la ciencia. La mitología es la religión de la fantasía. Los poetas, deificando sus sueños, siguieron la inclinacion natural de nuestro espíritu, que exajera su poder hasta adorarse á sí mismo, porque ignora sus límites. Aquí todo es humano, todo proclama en cierto modo: *Yo soy lo obra de la creación.* Esto salta á los ojos, todo es imperfecto, incierto, incompleto; las contradicciones pululan. Todo lo maravilloso de la Fábula divierte la imaginación, pero no satisface á la razon. No son las metáforas, ni la poesía medios propios para esplicar á Dios, para hablar del origen del mundo, ni para revelar las leyes de la inteligencia. El paganismo es la obra del hombre. Se puede leer allí nuestra imbecilidad y miseria, escrita por todas partes. ¿Que mas saben, que los otros mortales esos dioses tan ensalzados, esos legisladores griegos ó romanos: los Numi, los Licurgo, los sacerdotes de la India ó de Menfis, los Confucio, los Mahomet? Nada, absolutamente nada. Ellos han hecho de la moral un verdadero caos, y ni uno solo de estos ha dicho cosa nueva relativamente á nuestro destino futuro, á nuestra alma, á la esencia de Dios y á la creación. Los teósofos no nos han enseñado nada de lo que nos importa saber, ni hemos adquirido de ellos ninguna verdad esencial. La cuestion religiosa no está ni aun propuesta por ellos. Su teogonía es embrollada, confusa y oscura. Hay una verdad primitiva que sube hasta la cuna del hombre, que existe entre todos los pueblos, escrita en nuestra alma por el dedo de Dios, la ley natural, de donde se deriva el deber, la justicia, la existencia de Dios, el conocimiento de que el hombre es un compuesto de espíritu y de cuerpo. Una sola religión acepta plenamente la ley natural, una sola se apropia los principios, una sola hace de ella el objeto de una enseñanza pública y perpetua. ¿Cual es esa religión? El Cristianismo. La ley natural entre los paganos era al contrario desconocida, desfigurada, modificada por el egoísmo y dependiente de la política. Se le toleraba, pero no se le reconocía el carácter sagrado. Esta ley no tenía ni templos ni sacerdotes, ni otro asilo que el lenguaje, en donde Dios la conservaba por un decreto sabio de su providencia."

"La mitología es un templo consagrado á la fuerza, á los héroes, á la ciencia, á los beneficios de la naturaleza. Los sabios no tienen allí lugar; en efecto los sabios son los enemigos naturales de esa idolatría que diviniza la materia. Así que, penetrado en los santuarios, y no encontrareis allí ni orden, ni armonía, sino un verdadero caos, mil contradicciones. La guerra entre los dioses, la inmovilidad en la esculptura, la division y fraccionamiento de la unidad, los atributos divinos alterados ó negados en su esencia, los sofismas de la ignorancia y de la presunción, fiestas profanas, el triunfo de la prostitucion, la impureza y la abominacion adoradas, toda especie de corrupcion, deslizándose por entre espesas nieblas, el ídolo y su sacerdote, ¿es esto porventura lo que glorifica á Dios, ó lo que lo deshonra? ¿Estas religiones y estos dioses son comparables con el Cristianismo? Por lo que á mí toca, digo que no."

"Yo llamo al Olimpo entero á mi tribunal; yo juzgo á los dioses: los legisladores de la India, y de la China, de Atenas y de Roma nada tienen que me imponga. No porque sea yo injusto hacia ellos, no; los aprecio, por que conozco su valor."

"Sin duda, los príncipes cuya existencia se fijó en la memoria como una imagen del orden y del poder, como un ideal de la fuerza y de la belleza, no fueron hombres comunes; sin embargo es preciso considerar en sus resultados la ignorancia de las primeras edades del mundo, ignorancia muy grande, una vez que los vicios fueron divinizados con las virtudes, prueba de que la imaginación hizo el papel principal en esta seducción curiosa. Así que, la riqueza, la violencia, todos los signos y el orgullo del poder, el amor del placer, la voluptuosidad sin freno, el abuso de la fuerza son los rasgos prominentes de la biografía de los dioses, tales como los presenta-